

Poesía es decir Pereira

José Luis Suárez Roca

Porque quien dice Pereira dice Poesía. Allí estaba Antonio, rodeado de quienes tanto le admiramos y debemos, enormísimo poeta, sentado a la mesa como quien ha templado ya todos los colores de la carne, como un santo de la vanguardia ofrendándonos el cáliz de su precioso *Meteoros*.

Meteoros es su obra magna última, un libro que son grandísimos pedazos de estrellas de membrillo y pan, para que comamos todos, *Meteoros*, la lírica que ha destilado a lo largo de cuarenta años un bardo sencillamente hombre, la esencia de un viajero del mundo que desde el principio fue llamado a ser poeta.

Allí estaba Pereira, sentado a la mesa como quien se sienta a la altura de los bosques, ofreciéndonos la sal, el vino y la esperanza, la música confortadora de sus versos meteóricos, para que compartamos su paisaje, su tren, su íntimo retrato. ¿Quién ha dicho que un excelente narrador de cuentos es también un grandísimo poeta? Pereira viene siéndolo desde los turbulentos años de la literatura social, cuando la poesía desnuda y necesaria denunciaba sinceramente el compromiso con los 'otros'. Allí estaba Juan Carlos Mestre -iluminador y profecía- para ponderarnos la vivísima conciencia ética del maestro, para recordarnos esa pieza suya que siempre estremece, 'Memoria de Jean Moulin', líder de la Resistencia francesa, «el jefe de un pueblo de la noche», Pereira poetizándole, «la noche era pisadas», redimiéndole, eternizándole Pereira a Jean Moulin en el París enrojecido del 68. Y allí estaban también el profesor Boixo y Carmen Busmayor -tocada con su gentil sombrero verde australiano- para matizar las idas y venidas del joven Pereira por el Noroeste de los milagros y los miedos, sus andanzas de viajante un poco tímido, de vendedor de luces eléctricas e imaginador de catedrales y novísimos atardeceres en Estambul y en Marraqués, «hay nombres que se dicen y arden luces lejanas», cuánta verdad y qué delicia de tardes a las ocho nos has venido regalando. Todo el milagro de la poesía está en ti, grandísimo Pereira.

Y entonces se encendió la voz de Antonio. Tan sencilla como un arco iris tras el agua, tan amiga, tan sincera como el clamor de un río en pleno abril. Y fue para

decirnos que continúa con su sueño, que gracias pero que sigue trabajando con más cuentos. A todos nos deleitó luego con el adelanto de 'Stevenson en Sepúlveda', una experiencia pastoral que el meteoro de su imaginación ha transformado ya en pieza preciosa literaria.

Poeta del monte y los caminos, de la belleza plural de las ciudades y el erotismo incandescente, amigo Pereira, esta columna que me he atrevido hoy a levantar debería estar construida únicamente con los títulos de tus poemas, con tu 'reclamación del mar' y tu 'cementerio de Évora', con tus 'gozos para llegar a Lisboa', tus 'prescripciones del vino' y esas 'tardes del otro lado' en las que «no es pecado soñar que a Dios le gusta el vino», con tu 'Bierzo de la helada tardía' y esa fábula de los 'sesenta y cuatro caballos'... También a nosotros, bebedores del anochecer y las consolaciones, nos resultará más fácil aceptar lo enorme si navegamos por la vida con el equipaje de tus radiantes *Meteoros*. Hermosa lección de geografía humanitaria nos has dado, indestructible el mástil de tu lírica, enormísimo Pereira.